

EL DAIMIELEÑO

SEMANARIO INDEPENDIENTE

AÑO III.

DOMINGO 3 DE JUNIO DE 1900.

NÚM. 98.

EL ECLIPSE DEL DÍA 28

EN DAIMIEL

Un efecto extraordinario produjo en esta población el sólo anuncio del eclipse que había de verificarse en este día y para el cual se dieron explicaciones detalladas en otros números de este semanario.

Todo el mundo suspendió sus tareas; los comerciantes cerraron sus establecimientos y los empleados sus oficinas; los artesanos y agricultores dejaron las herramientas propias de sus respectivos oficios, y, en fin, ocupados y desocupados provistos de cristales ahumados, á falta de otro aparato, nos dirigimos á distintos puntos para escoger sitio donde contemplar mejor el espectáculo con que en aquel día se brindaba á obsequiarnos la madre Naturaleza.

Puesto cada cual en su observatorio improvisado y sumamente económico y cómodo, vimos el primer contacto de la Luna sobre el disco solar, á las 2 horas y 38 minutos de la tarde.

En aquel momento, la temperatura máxima al Sol era de 40 grados centígrados. Desde que se percibió este primer contacto, hasta las 3 h. 55 minutos que se verificó la totalidad del eclipse, todos dirigiamos á pequeños intervalos, nuestras miradas al astro del día protegidos y auxiliados por los telescopios al humo fabricados por la casa Fisac y por otras mil que se improvisaron, haciéndola furiosa competencia. Al punto de obscurecerse por completo el antes resplandeciente Febo, el termómetro marcaba 25 grados centígrados. Hubo, pues, un descenso de temperatura desde el principio á la totalidad de 15 grados próximamente.

Hermoso, y hasta pudiéramos decir sublime, pues todos los calificativos nos parecen insuficientes, fué el espectáculo que se presentó á nuestra vista al desaparecer el último rayo solar, por haber invadido la Luna el radio de acción de nuestra visual con la línea de conjunción que nos ponía en relación con el hermoso lumínar que sirve de centro á nuestro sistema planetario. Pare-

cía que éste trataba de defenderse, procurando destruir al monstruo que se interponía entre él y la tierra. Esfuerzo inútil, el astro de la noche avanzaba lentamente, hasta que consiguió su propósito, con un tesón que envidiaría Silvela para lograr la aprobación de sus presupuestos.

De pronto, pareció como la Naturaleza, sorprendida por aquella osadía lunar, se mostraba acobardada de temor y espanto angustioso. Una sombra densa nos rodea; una ráfaga de aire cruzó el espacio cual un sollozo; los vegetales encogieron sus hojas como poseídos de terror; las flores dejaron de lucir sus brillantes corolas; los pájaros volaban como atontados huyendo hacia sus albergues; los insectos zumbaban en todas direcciones; los montes lejanos se recortaron en el espacio en ambos lados del espectador invadido por la sombra; aún no eran las cuatro de la tarde, y el crepúsculo se extendía en rededor nuestro; algunas estrellas dejaron ver su luz en la azulada bóveda, y... de repente un ¡ay! de admiración se escapó de todos los labios, al contemplar la magnífica, la sorprendente aureola que rodeaba el disco del Sol, cual si quisiera alumbrar con su brillantísimo esplendor á la tierra, tétrica y sombría en aquel momento, como si se preparase á adornarse con galas fúnebres, por la muerte de aquel que á través de los siglos la vivifica con la luz y el calor que esparce sobre ella.

Un minuto después, minuto que nos pareció un segundo por quedar absortos contemplando la corona del Sol, cuya belleza no es para descripta por una inteligencia tan pobre como la que dicta estos apuntes á la torpe mano que los traza, el cielo se iluminó nuevamente cual si la intensidad de la fuerza de luz solar, hiciera romperse la capa obscura que le cubría, y parecía que al desgarrarse, dejaba salir por la abertura de contacto borbotones de fuego y luz, trazando en torno del astro un extenso círculo, adornado con todos los colores del arco iris. La muchedumbre lanzó un grito, mezcla de júbilo y de sentimiento; de júbilo, por verse rodeada de un Océano de luz en lugar de la sombra que la

envolvía; y de sentimiento, por desaparecer tan pronto de su vista aquella maravillosa corona circundada de una aureola semejante á las que rodea las cabezas de los mártires y de los santos. Los pájaros volvieron á salir de sus nidos, en tonando cánticos alegres; los árboles sacudieron sus ramas, y sus hojas tornaron á su primitiva forma; las flores irguieron nuevamente sus tallos; los insectos zumbaron otra vez sobre ellos; la tierra lanzó como un suspiro de libertad al verse favorecida como antes con las ardientes caricias de su rubicundo amante; el cielo ostentó de nuevo sus azulados celajes; el aire volvió á sus naturales movimientos y... el que estas líneas escribe, se retiró del Observatorio que para sí y sus amados discípulos había elegido, alabando y glorificando al Autor de todo lo creado, que á cada momento nos dá una prueba de su inmensa grandeza; y, al mismo tiempo, admirando á los sabios astrónomos y en particular al nuestro, al español, al del Observatorio de Madrid, que con tal exactitud matemática había predicho el fenómeno en todas sus fases, aspectos y movimientos.

A las 5 y 4 minutos todo había terminado. El astro de la noche dió su última pincelada al astro del día, y se perdió á nuestra vista; siguiendo su órbita al rededor del planeta que habitamos, y el Sol volvió á ostentarse con todo su esplendor y magnificencia, cual si quisiera demostrar á los mortales que nada es capaz de hacerle variar un ápice en su esencia ni en sus efectos, mientras pluguiere al que lo formó de la nada, como á los demás seres animados é inanimados que pueblan la tierra, el mar y los espacios infinitos.

G. MOLINERO.

Desde Herencia

AYUNTAMIENTO MODELO!

Sr. D rector de EL DAIMIELEÑO:

La extraviada y negligente corporación municipal revocando su anterior acuerdo, ha desistido de adquirir el terreno para el *ensanche y desagüe* por estimar el contrato altamente perjudicial á los intereses locales.

Está visto, que la *vara* de este inveterado *solano* es la de pecado, y que do quier pone su desdichada mano surge, por lo menos, un escándalo más.

No por haber abandonado este mal alcalde tan descabellado y condenable proyecto, que de haberse realizado, hubiera constituido una espantosa malversación de los fondos del pueblo, he de silenciar los motivos que pudieron inducir á tomar semejante leonina determinación.

Pertenece el consabido *medio celemin* de tierra, que no sirve absolutamente para nada, á una *pobre viuda* y muy *beática*, llamada Doña Vicenta Carrero, á la cual se pretendía favorecer por el *elevado título* de ser madre carnal del *famoso manipulante de consumos y desechado discípulo de Hipócrates*, D. Ramón Amoguera, frito de *seso*, pero henchido de fatal ambición.

No ha llegado, pues, á ser un hecho un contrato á todas luces muy lesivo, porque á evitar la conmutación del mismo, se han opuesto con entereza los dignos concejales del partido liberal, á los que felicito con mucho gusto.

Seguramente, no extrañará tan vituperable proceder, tratándose como se trata de consrvadores conjurados á quienes no importa, por cierto, un bledo el anatema general de sus conciudadanos, ni el unánime y decidido clamor del país.

Á la vez que se perseguía el *noble fin* de proporcionar su negocio lucrativo á la autora de los días del *torpe y desahogado suplente* del Juzgado municipal, cuyo cargo desempeña con *horrible acierto*, buscaba este relativamente una comodidad apetecida y acariciada, sin duda hacía mucho tiempo, por él.

Hace algunos años pensó el *buen* D. Ramón construir una bodega, co digna al ex-comprometido terreno de *maná*, y éste beno ideal, suspenso mengo tiempo, ha entrado en plena ejecución. Si fuera malicioso diría, que á pesar de no ser avisado D. Ramón, tiene ya bodega en el sitio que deseaba y en unión de un joven *adelantado* que ejerce el *arte de errar* con lucimiento y además el *carguito* de primer teniente de alcalde, nombrado entre los mortales don Juan Montón, y no sé, si García antes ó después, cuyo conocido Veterinario fué elegido en el primer bienio, porque con este vá directamente al cuadrado concejil segundo teniente de alcalde, destino *honorífico y gratuito* que entiendo no llegó á desempeñar ni asistiendo siquiera á las sesiones durante el primer bienio aludido. Ahora no ocurre esto, bendito á Dios, y francamente me permito preguntar al seráfico primer teniente de alcalde D. Juan, contando con que agrade mi impertinencia. ¿Por qué no le ha estado alegando completamente de las casas consistoriales en el precedente bienio? ¿Por qué observa ahora una conducta diametralmente distinta concurriendo al ayuntamiento casi, por no decir, todos los días?

Conteste D. Juan, que sino será por, porque los comentaristas son inexorables y de reconocida competencia en sus juicios.

La prensa entre las innumerables cesas excelentes que pesee, no cabe dudar que ilustra y dirige á la pública opinión, siendo constantemente escudo de defensa contra los desafueros del poder, y, para decirlo de una vez, es la prensa un terrible dique contra los tiranos.

Por lo mismo, es conveniente y patriótico confiar á tan supremo y autorizado eco la expresión de los sentimientos, sin que impere en el ánimo para el desaliento las despreciables insolencias del opresor, que deben ser descontadas y lo son evidentemente por los que aspiran á vivir en el dulce seno de la libertad y de la justicia que forman la patria verdaderamente dignificada.

Queda suyo, Sr. Director, affmo amigo.

JUAN ALFONSO MONTES.

Herencia 1.º de Mayo 1900.

